

Viacrucis G

Rubén Ruiz Silleras

En el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Señor Jesús, vamos a acompañarte en tu camino de la Cruz. Es imposible no reconocer la grandeza de tu corazón, tu entrega sin reservas, tu aceptación del sufrimiento por amor a Dios.

A través de todo ello tú nos has enseñado tantas cosas. Tu vida no es solo unos bellos discursos, unas parábolas luminosas. Nos has demostrado sobradamente que todo lo que dijiste lo cumpliste en tu vida. Tu cuerpo lacerado, tus heridas nos hablan de tu amor.

Meditando el Vía Crucis, Señor, en el que te vamos a acompañar, queremos que nos brote un sentimiento de admiración, respeto y gratitud. Quizás estemos lejos de tu vida entregada pero al menos, te tenemos como modelo.

En Ti podemos mirarnos cada día para aprender a amar, a perdonar, a soportar las adversidades por amor a Dios. Danos la gracia de poder llevarlo adelante. Amén.

Primera Estación

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

Pilato, entonces, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús, después de azotarlo, para que fuera crucificado». (Mc 15, 15)

Empieza el último camino en este mundo para Jesús. El camino de la cruz, su Vía Crucis. La pregunta de Pilato refleja muy bien el estupor ante lo que está pasando. Un hombre bueno, acogedor, servicial, amante de la paz es condenado a muerte. Es incomprensible. Podría dar la impresión de que el odio de unos pocos va a acabar con la vida de un justo. Pero, gracias a Dios, no será así, el mal nunca tiene la última palabra.

Señor, mantén nuestra fe vacilante; que, por muy mal que estén las cosas, nunca caigamos en la desesperanza.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Segunda Estación

JESÚS CARGA CON LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

«Tomaron, pues, a Jesús, y él cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota» (Jn 19, 16b-17)

Jesús había anunciado que Él ayudaría a llevar su cruz a quien se lo pidiera. Jesús quería -quiere- ser la ayuda y el soporte para cualquier persona. Ahora, camino del Gólgota se han invertido los papeles. Jesús carga con el madero de la cruz. Esos maderos le pesarían, pero sin duda, más le pesaría y dolería el odio y la incompreensión de los hombres que le habían condenado a muerte.

Deja, Señor, que descansemos nuestro cansancio en Ti.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Tercera Estación

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

«He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones. No vociferará ni alzaré el tono, y no hará oír en la calle su voz». (Is 42,1-2)

El Reinado de Jesús no es un reinado al estilo del mundo. En Cristo todo es distinto, Él cae ahora, por vez primera, camino de su crucifixión. No conocemos que en ese momento se quejara, gritara de rabia o de desesperación. Él, el Mesías, no vocifera, porque en el fondo y en medio de su sufrimiento se sabe sostenido por Dios, su Padre.

Concédenos Señor la gracia de tu Espíritu para saber encajar las derrotas, las decepciones de la vida. No dejes que nos enfademos o que nuestro corazón se llene de rabia.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Cuarta Estación

JESÚS SE ENCUENTRA CON SU MADRE

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

«Jesús le responde: "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora. " Y dice su madre a los sirvientes: "Haced lo que él os diga"». (Jn 2,4-5)

¡Qué escena tan preciosa! María, la madre de Jesús no se ha marchado de Jerusalén. Quería estar cerca de su hijo, también en estos momentos tan difíciles. Pocas cosas más dolorosas puede haber para una madre que ver sufrir a su hijo. Este encuentro entre la madre y el hijo nos recuerda esas palabras que nos enseñó María: «Haced lo que Él os diga».

María, madre nuestra, ayúdanos a ser fieles discípulos de tu Hijo; que aprendamos de Ti, para no fallarle nunca.

Dios te salve, María... Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios, no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos siempre de todo peligro, ¡oh Virgen Gloriosa y Bendita!

Quinta Estación

JESÚS ES AYUDADO POR EL CIRENEO

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

«Cuando lo llevaban, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús» (Lc 23, 26)

Simón regresaba a su casa después de haber estado trabajando en el campo. Volvería con la satisfacción del deber cumplido, probablemente con la ilusión de reencontrar a su familia. Sin embargo, se encontró participando de la historia más bonita que podía imaginar. Ayudar a Jesús a llevar su cruz. Detrás del Señor. Ese día, seguro, le cambió la vida a Simón de Cirene.

Señor, que siempre sepamos colocarnos detrás de Ti, siguiendo tus huellas. Como hiciste con el Cireneo, hazte el contradicho en nuestras vidas cada día.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Sexta Estación

LA VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO DE JESÚS

V. *Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.*

R. *Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.*

«Había en la ciudad una mujer pecadora pública. Al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume y, poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume» (Lc 7, 37-38).

La Verónica amaba a Jesús, sin duda. Como esta otra mujer anónima del relato que acabamos de escuchar: postrada a los pies de Jesús se los lavó y ungió. Cuando ves sufrir a alguien a quien quieres de verdad se te conmueven las entrañas. La Verónica no tuvo vergüenza de salir al encuentro de Jesús para limpiar su rostro. Los soldados romanos la podían haber detenido, empujado... pero el amor es más fuerte que el temor.

Señor, haznos valientes para que nunca dejemos de realizar obras de amor: visitar enfermos, ayudar a los necesitados, etc.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Séptima Estación

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

V. *Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.*

R. *Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.*

«Así dice Yahvé, el que rescata a Israel, el Santo suyo, a aquel cuya vida es despreciada, y es abominado de las gentes, al esclavo de los dominadores: Lo verán reyes y se pondrán en pie, príncipes y se postrarán por respeto a Yahvé, que es leal, al Santo de Israel, que te ha elegido». (Is 49, 7)

La segunda caída. El camino no está siendo nada fácil, más bien todo lo contrario. La resistencia física de Jesús está al límite, de nuevo cae bajo el peso de la cruz. En el corazón de Jesús acaso resonarían estas palabras de su Padre: «yo te he elegido, Tú eres mi hijo». Jesús sabía que Dios nunca abandona. Por eso se puso en pie, una segunda vez.

Padre nuestro, que nunca olvidemos que, por el bautismo, somos hijos tuyos y que Tú no nos vas a abandonar nunca.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Octava Estación

JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

V. *Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.*

R. *Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.*

«Le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él. Jesús se volvió a ellas y les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos"» (Lc 23, 27-28).

A lo largo de la ribera del mar de Galilea, por Samaría, por Judea, siempre Jesús iba acompañado de mucha gente. Ahora, en su Vía Crucis, tampoco se ha quedado del todo solo. Mucha gente le acompaña y sufren por Él. También ahora, Jesús nos da un ejemplo de corazón grande: Él no piensa en sí mismo sino en el sufrimiento de las mujeres que le acompañan.

Concédenos, Señor, participar de la grandeza de tu corazón: que vivamos por y para los otros.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Novena Estación

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

V. *Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.*

R. *Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.*

«El Señor Yahvé me ha abierto el oído. Y yo no me resistí, ni me hice atrás. Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salvazos». (Is 50, 5-6)

Jesús nos ha enseñado que no hay que responder al mal con mal. ¿Es posible poner la otra mejilla cuando te ofenden? No para el mundo, desde luego que no. Pero Jesús aceptando su Pasión, las humillaciones, las caídas con la cruz nos ha demostrado en su propia vida y con su cuerpo dolorido y lacerado que sí es posible.

Ayúdanos, Señor, a olvidar la ley del talión; que no respondamos al mal con más mal; que respondamos siempre al mal con bien.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Décima Estación

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

V. *Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.*

R. *Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.*

«Una vez que lo crucificaron, se repartieron sus vestidos, echándolos a suertes». (Mt 27, 35)

Los soldados despojan a Jesús de sus vestiduras. Las personas que vieran aquella escena pensarían que tenían delante de sí a un hombre fracasado, torturado y ahora humillado, pues fue desposeído de todo. Pensar en la desnudez de Jesús hace que se encoja el corazón. Pero ni siquiera ahora Jesús se lamenta. Él guarda silencio.

Que purifiquemos nuestra vida de todo aquello que nos pesa, nos molesta o nos impide seguir más radicalmente a Jesús.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Undécima Estación

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

V. *Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.*

R. *Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.*

«Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"». (Lc 23, 33-34)

El camino que salía del pretorio conducía aquí: a la cruz. Jesús no es la primera persona que muere en la cruz; este tormento existía ya hacía tiempo. En la cruz eran condenados a morir los peores malhechores. Es el mayor sinsentido: Jesús, hombre de Dios, príncipe de la Paz, es condenado a morir como el peor de los criminales; y sin embargo sus últimas palabras en la cruz son para perdonar. Es otro sinsentido. Jesús trastoca los valores del mundo.

¡Cuánto nos cuesta perdonar, Señor! Enséñanos a no guardar ningún rencor, ni odio contra nadie. Que sepamos perdonar siempre como Tú, de corazón.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Duodécima Estación

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

«Era ya cerca de la hora sexta cuando se oscureció el sol y toda la tierra quedó en tinieblas hasta la hora nona. El velo del Santuario se rasgó por medio y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: "Padre, en tus manos pongo mi espíritu." Y, dicho esto, expiró». (Lc 23, 44-46)

Jesús ha muerto. Nuestras pobres palabras no acertarán a comprender completamente esta muerte. ¿Merecía Jesús esta muerte, de este modo, en este momento? Nuestros interrogantes no resuelven nada. Ahora, solo podemos callar. Hacer silencio. Rezar. Agradecer a Dios la ofrenda de su Hijo en la Cruz.

Nos dijiste, Señor: «Nadie tiene amor más grande que aquel que es capaz de dar la vida por sus amigos». Que nunca lo olvidemos.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Decimotercera Estación **JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ**

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.

«Al atardecer, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que se había hecho también discípulo de Jesús. Se presentó a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato dio orden de que se lo entregaran». (Mt 27,57-58)

José de Arimatea «se había hecho discípulo de Jesús». Él no había huido y quería cumplir el último deber de cariño y respeto hacia el cuerpo de Jesús, ya sin vida. Por eso se lo pidió a Pilato, representante de la autoridad romana. José nos enseña que no se puede ser discípulo de Jesús sin amarlo, hasta el final. Hasta cuando parece que la esperanza se ha extinguido.

Ser discípulo tuyo, Señor, es un título que tendríamos que llevar con orgullo y con gran cariño hacia Ti. Te seguimos porque te amamos, Señor, pero aún queremos amarte más.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Decimocuarta Estación **JESÚS ES SEPULTADO**

V. *Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.*

R. *Pues por tu santa cruz redimiste al mundo.*

«Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar. En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido depositado. Allí, pues, porque era el día de la Preparación de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús». (Jn 19, 40-42)

José de Arimatea, Nicodemo y quizás algunas personas más conducen el cuerpo de Jesús hasta un sepulcro nuevo. Allí lo depositaron, no sin antes ungir su cuerpo con los aromas. Para ellos todo acababa allí. En ese sepulcro se enterraban las esperanzas que habían puesto en Jesús y en su mensaje de liberación y del Reino de Dios. Llorarían, a buen seguro amargamente, la muerte del Señor a quien tanto querían.

Nuestra oración y súplica por todos aquellos que hoy mueren injustamente, abandonados, sin cariño.

Padrenuestro... Jesús, pequé: Ten piedad y misericordia de mí.

Final

EN ESPERA DE LA RESURRECCIÓN

«El ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: "Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el Crucificado; no está aquí, ha resucitado, como lo había dicho. Venid, ved el lugar donde estaba". Y ahora id enseguida a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis". Ya os lo he dicho». (Mt 28, 5-7)

Si nuestro Vía Crucis acabara definitivamente con la muerte de Jesús en la cruz seríamos unos fracasados, como dice san Pablo. Gracias a Dios el amor de Cristo, la ofrenda libre y voluntaria que hizo con su vida fue más fuerte que la muerte. Pudiera parecer poesía, pero para los que creemos es una realidad: el amor ha vencido a la muerte. Y vive. Sí, Cristo ha resucitado y hoy vive y hoy puede iluminar con la fuerza de su amor nuestras vidas.

Que la luz de tu Resurrección, Señor, llegue hasta el rincón más profundo de nuestro corazón y lo llene de alegría.

Dios te salve, Reina y Madre...